



NAVIDAD:

EL HIJO DE DIOS HA QUERIDO HACERSE DON PARA LOS SERES HUMANOS

En este tiempo de Navidad nos detenemos a contemplar el gran misterio de Dios que ha descendido de su Cielo y se ha hecho hombre como nosotros, y así nos ha abierto el camino, hacia la comunión plena con Él.

El Hijo de Dios ha asumido la condición humana para salvarla de todo aquello que la separa de Él. Un gran intelectual cristiano de los primeros siglos, San Ireneo de Lyon, decía: *“Este es el motivo por el que el Verbo se ha hecho hombre... para que el hombre, entrando en comunión con el Verbo y recibiendo así la filiación divina sea hijo de Dios”* (Adversus haereses 3, 19.1).

“El Verbo se hizo carne”, es una de aquellas verdades a las que nos habitamos de modo que no nos golpea la grandeza del acontecimiento que expresa. Es en efecto en estos días del tiempo navideño en los que tal expresión aparece con frecuencia en la liturgia, una expresión en la que conviene detenernos, aunque tantas veces estemos más atentos a los aspectos exteriores, a los “colores” de la fiesta, que al corazón de la gran novedad que celebramos y que estas palabras expresan.

Es importante recuperar el estupor ante este misterio, dejarnos envolver de la grandeza de este acontecimiento: Dios, el Dios Verdadero, Creador de todo, ha venido a recorrer como hombre nuestros caminos, entrando en el tiempo del hombre, para comunicarnos su misma vida (Cfr. 1Jn 1, 1-4). Y lo ha hecho no con el esplendor de un soberano, que impone y domina, sino con la debilidad de un recién nacido.

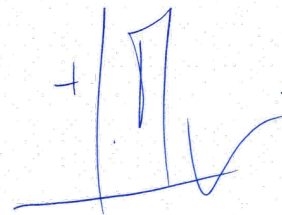
Por otra parte, es costumbre en la Navidad intercambiar regalos con las personas cercanas, expresando generalmente afecto, siendo un signo de amor y de estima. La liturgia reclama a nuestra conciencia que Jesús es el regalo originario, el genuino don de la Navidad: en aquella Noche Santa, Dios, haciéndose carne, ha querido hacerse don para los seres humanos, se ha dado a sí mismo por nosotros. Dios ha hecho de su Hijo único un don para nosotros, ha asumido nuestra humanidad para darnos su divinidad. Este es el gran don. Y encontramos aquí el modelo de nuestro dar, para que nuestras relaciones, especialmente las más importantes, se guíen por la gratuidad del amor.

Fijémonos que con su venida muestra el inaudito realismo de su amor. No se ha limitado a palabras. El Hijo de Dios se ha hecho verdaderamente hombre. Y su modo de hacer es un fuerte estímulo a interrogarnos sobre el realismo de nuestra fe; ante la evidencia de que Él no queda en palabras, nuestra fe no debe quedar limitada a sentimientos, emociones, sino entrar en lo concreto, en cercanía, misericordia y ayuda real a quien pasa necesidad, y afectando a toda nuestra vida.

Así en Jesús se manifiesta completamente el proyecto de Dios sobre el ser humano, Él es el hombre definitivo según Dios. El Concilio Vaticano II lo destaca con fuerza: *“En realidad solamente en el misterio del Verbo Encarnado encuentra verdadera luz el misterio del hombre... Cristo, nuevo Adán, manifiesta plenamente el hombre al hombre y le revela su altísima vocación”* (GS 22). En aquel niño nacido en Belén, el Hijo de Dios contemplado en Navidad, podemos reconocer el verdadero rostro, no sólo de Dios, también el verdadero rostro del ser humano; y sólo abriéndonos a la acción de su gracia y tratando cada día de seguirlo, nosotros realizaremos el proyecto de Dios sobre nosotros, sobre cada uno de nosotros.

Queridos amigos, en estos días navideños reflexionemos sobre la grande y maravillosa riqueza del acontecimiento del Hijo de Dios nacido por nosotros, para dejarnos iluminar y transformar por su amor.

Feliz Navidad. Bon Nadal.



✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante